

ENSIMISMATE!

UNA VEZ MAS

«Anda con cuidado, no sea que en puro ensimismarte acabes por enajenarte», me escribiste, empleando una antítesis de vocablos que yo te enseñé. Porque, en efecto, ensimismarse es meterse uno en sí mismo, y enajenarse esirse a lo ajeno, salirse de sí, y en más corriente sentido volverse loco.

Nuestro Señor Don Quijote se ensimismó tanto en sus lecturas de los libros de caballerías que acabó «casimismándose», o sea atribuyéndose a sí mismo las proezas que allí leía. Y por este camino llegó a enajenarse, a entregarse a los demás, y buscándose a sí propio darse por entero en holocausto a los otros.

Tienes razón, mucha razón al decirme que el ensimismamiento es el camino de la enajenación; pero como nadie puede aspirar a vivir verdadera vida ni menos a sobrevivir verdadera sobrovida sino en los otros, enajenándose, de aquí que no hay mejor que ensimismarse.

Cada uno de nosotros puede dar a sus prójimos sus ideas o sus actos o su dinero; mas lo sumo que les puede dar, lo más precioso, es darse a sí mismo. Y darse a sí mismo es desnudarse el alma, poniendo a luz la intimidad de sus entrañas.

Pero, ¿por qué repugna esto a tantos? ¿Por qué claman contra lo que llaman egotismo? ¿Por qué piden tanta objetividad? ¿Por qué nos hablan del yo satánico, del yo presuntuoso, del yo insoportable? No es porque les moleste el yo ajeno, no. Es que les molesta el yo propio. Es que los egotistas no nos ponen delante, a la mirada de la conciencia, su yo, sino que nos ponen el nuestro propio y es éste el que no queremos ver. Es que el que se confiesa ante otro, de palabra o por escrito, le obliga al oyente o al lector a una confesión propia. No les molestaría tanto a «esos» el que yo hable tanto de mí mismo si ellos fueran ellos mismos. Pero no lo son. O temen su «mismidad».

Al principio del capítulo XII del libro segundo de Samuel se nos cuenta como Jehová envió el profeta Natán a David y le contó una parábola de dos hombres, uno rico y otro pobre, que había en una ciudad, y cómo el rico, que tenía muchas ovejas y vacas, para agasajar a un caminante, no mató y guisó ninguna de ellas, sino que tomó la sola cordera que el pobre había comprado y criado y que creció con él y con sus hijos, y la mató y aderezó para el viandante. Y al oírlo, enfurecióse David, y exclamó que el tal rico era digno de muerte. Y entonces Natán le dijo a David: «Tú eres aquel hombre!»

Cuando ante la confesión de un egotista—que es su parábola suprema—exclama uno: «¡Esto es intolerable! ¡Hay que acabar con el yo!», oye al punto una voz dentro de sí, una voz profética que le dice: «Tú eres ese yo». Los que protestan contra el egotismo no es que no tengan muy despierto y tiránico su yo; le tienen; suelen ser, por lo común, los más grandes egotistas. Lo que hay es que estos egoístas ocultan y tapan su yo y se creen que por taparlo vamos a creer que se ha reducido, y cuando les ponen delante, como espejo, otro yo, ven el suyo propio, y al verlo ven que se lo ven los demás. Y el profeta Natán, enviado por Jehová, les dice: «Tú eres yo!» Y podría añadirles: Y el modo de curarte de ese yo es sacándolo afuera; pero sacándolo por dentro.

Si; puede sacarse algo afuera por dentro. Se puede sacar algo—¿por qué no diríamos «aforarlo»?—adentrándolo. Porque el mundo todo, y nuestros prójimos y hermanos en él y con él, tanto como fuera están dentro nuestro, y aun más dentro que fuera. Y el mejor camino para ir a las entrañas de mi prójimo es por las entrañas de mí mismo. Que somos a manera de castillos que se levantan, aislados unos de otros, en medio del desierto y hay de unos a otros senderos, además del ancho camino del cielo que nos cubre a todos y por donde podemos enviarnos unos a otros palomas mensajeras; pero esos senderos tropiezan luego con fosos y trincheras, y no es fácil forzar el puente levadizo del prójimo. Pero hay también bajo tierra, bajo la tierra común que nos sustenta y sostiene a todos, como el cielo a todos nos cubre, galerías soterrañas por las que podemos comunicarnos los unos con los otros. Y es más fácil entrar en lo más íntimo del castillo vecino por una de esas minas que no por el sendero a flor de tierra y mucho más que por el cielo.

El egotismo es una tierra común a los hombres todos. Sobre nuestros espíritus se extiende un solo y mismo Dios, vasto y azul; pero bajo nuestros espíritus se extiende un solo y mismo tenebroso Yo, un inmenso común Yo, que es un Nosotros. Y es más fácil llegar a nuestros prójimos por debajo de tierra, por el Yo común, que penetra en ellos por encima del cielo, por Dios.

El «ama a tu prójimo como a ti mismo» implica, de una parte, que uno ha de amarse a sí mismo, y precisamente de la manera como ha de amar al prójimo, y de otra parte implica un «conoce a tu prójimo como te conozcas a ti mismo», ya que sin conocimiento no cabe amor. Y ¿cómo he de conocer al prójimo si no me conozco a mí? Y además, ¿cómo ha de conocerse él si no me conoce? Nuestro deber es, pues, darnos a conocer unos a otros. Es el deber supremo. Y darnos a conocer por dentro.

Dicen que Diógenes el Cínico buscaba, con un farol encendido en la mano, un hombre. Como hay que ir a la busca del hombre es llevando en los labios, descubierto y desnudo, el propio corazón. ¿Qué mejor farol? Y no lo descubre uno para que se lo vean tanto como para ver con él y para que, a su luz, nos veamos unos a otros y cada uno a sí mismo.





El egoísta es el que defiende y exalta sus intereses, sus cosas, no a sí mismo, no al yo que es, y el egotista es el que se defiende y exalta a sí mismo, al yo que es. Y si no es cierto aquello que sostenían los cándidos economistas de las armonías económicas de que quien defiende su propio interés defiende el interés común público, es, en cambio, muy cierto que quien defiende su yo y lo exalta, defiende y exalta el Yo común; quien pelea por la majestad de su propia persona—de él, no de sus cosas—pelea por la majestad de la común personalidad humana. Y en tal sentido sostuvo muy bien Ihering que no hay derecho a renunciar al derecho. Como no hay derecho a desistir de pelear contra todo ataque a lo más íntimo propio, a la propia dignidad; contra todo lo que implique tratarnos con menosprecio o con ligereza. Y entra en esto de atentar contra la personalidad humana, dirigirle a un hombre un ataque, sea el que fuere, sin darle la razón de él.

«Ten en cuenta—me dices luego—los móviles que se atribuirán a esa tu conducta.» He aquí una cosa que no se debe tener nunca en cuenta, y menos entre nosotros, con este pueblo que se cree avisado porque es suspicaz y maldicioso y mal pensado y, sobre todo, cobarde. Y tú sabes bien que los cobardes, que buscan compensaciones a sus derrotas mediante la humillación de vergonzosas capitulaciones, y que llaman desdenoso silencio a lo que es muy otra cosa, llaman a la defensa de la personalidad derecho de pataleo. Santo derecho, y gracias a que hay quienes sin hacer caso a la voz hipócrita de la cobardía distrazada de grandeza de ánimo y de desdén, ejercen ese santo derecho. Lo otro es cosa de políticos de oficio, los más cobardes y los menos personales de los hombres, los más egoístas y los menos egotistas, los de mayor interés propio y los de menos yo.

Y es cosa curiosa el que se diga que hacen estragos los personalismos, precisamente entre esas gentes que son las que menos personalidad poseen. Y es porque se llama personalismo al egoísmo, al apego al interés propio y no a sí mismo. Porque hay entre esos quienes entregan su yo, su pobre yo, su persona, a cambio de cualquier ventaja externa; quienes dan el alma por la vida. Y de ellos cabe decir que no hay caminos soterráneos, minas ocultas por donde entrar en el santuario de sus almas, en la intimidad de sus castillos; pero, en cambio, tienen siempre tendido el puente levadizo y están sus puertas exteriores siempre abiertas, sobre todo al heraldo que lleva bolsa en la mano.

Sí; la gran lección entre nosotros, en este pueblo en que tan poco se respeta la personalidad, en que tan fácil y tan ligeramente se la desconoce—la de todos, la tuya, la mía, la del otro—, es la lección de la personalidad, de la «mismidad» se quieres. El que arma una chillería cuando le atropellan la dignidad personal labora por la dignidad de los demás. ¡No defender los propios derechos, no! Eso de los derechos está al alcance de cualquier abogado. Lo que hay que defender es la dignidad personal, y hay abogados, muy entendidos en derechos, que como carecen de dignidad personal encuentran naturalísimo el atropellar la ajena.

Y predicarse a sí mismo, predicar el desnudamiento y la expansión del propio yo es predicar y abogar por todos. Y además desnudar el propio yo es el mejor camino para desnudarnos de él, en cuanto esto es posible. Y desnudarse del yo individual es llegar al otro yo tenebroso, al colectivo, al común, a esa tierra sobre que se levantan nuestros castillos todos. Porque las cercas, tapias y setos que los deslindan y amojonan no bajan con sus cimientos hasta aquellos caminos soterráneos que te decía. Cuando ensimismándote te adentras en tí mismo y avanzas por tus tenebrosas íntimas galerías del alma, no sabes cuándo has salido de tu subsuelo espiritual para entrar en el de tu vecino. Bajo tierra como sobre el cielo, dentro de tí como fuera de todos, es todo común. Ensimismate, pues, para enajenarte.

Miguel de UNAMUNO

